

mas quiso Dios que á las ocho pudiera levantarme y seguir á mis compañeros que ya se habían ido á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Así es que, me dirigí al Santo Sepulcro, con este fin, mas tuve que esperar porque había algunos sacerdotes que con anterioridad habían llegado. A las ocho y media estaba vacante el altar de la Santa Columna que, como se recordará, está á la derecha del altar del Santísimo Sacramento, y pude salir sin más demora. Infinitud de gente había en este día en que el Señor Obispo Coadjutor ofició, y aun á estas horas no concluía la función que fué espléndida.

Luego que terminó lo cual fué á las ocho y tres cuartos, comenzaron los griegos cismáticos con la bendición y procesión de palmas. Después de ellos, siguieron los Armenios cismáticos, los cuales empezaron á las once, pues como todos se dirigen al Santo Templete, hay necesidad de que acaben los unos, para que sigan otros. Por fin, á la una todo había terminado muchas eran las palmas que por doquiera se veían. Asistieron á estas ceremonias sus patriarcas respectivos, es decir, el de los Griegos y el de los Armenios cismáticos ambos,



CAPITULO OCTAVO.

Monte Viri Galilei.—Cinto de María Santísima.—Lugar de los ocho Apóstoles.—Solar de la casa de Simón el Fariseo.—Higuera de Judas.—Pozo de Nohemías.—Patentes.—Aceite de los Olivos de Getsemaní.—Medalla del Santo Sepulcro.—Rosario de Olivos.—*Bachiz* á Ventura.—Adiós á Casa Nova.—*Vetturas*.—Estación del Ferrocarril.—El P. Diego.—Adiós á Jerusalem.



EN la tarde nos fuimos á visitar el monte llamado *Viri Galilei* porque los Galileos tenían aquí una especie de posada que durante las fiestas de la Pascua que los Hebreos celebraban en Jerusalem, aquí habitaban. Creese que los Macabeos tenían ahí una especie de fortaleza en la actualidad vense sólo unos escómbros; que pertenecen á los Griegos, tal vez de

una Iglesia que en tiempo de los Cruzados levantaron los Sirios, así como un convento anexo a ella.

Después nos dirigimos al sitio llamado *Cinto de María Santísima*, por asegurar la tradición que según afirma S. Epifanio, cuando aconteció el gloriosísimo tránsito de la Santísima Virgen, el apóstol Santo Tomás no estuvo presente, mas no obstante esto, tuvo el consuelo de verla subir al Cielo y recibió de sus manos el cinto que durante su vida mortal, llevó en este valle de miserias.

Estos dos sitios se encuentran en el monte Olivete. Seguimos después por el Valle de Josafat y nos encontramos con el lugar llamado de de los *Ocho Apóstoles*, por ser el sitio donde el Divino Maestro, la víspera de su Pasión Sacratísima, dejara á ocho de sus discípulos mientras El con los restantes se retirara al huerto de los Olivos á orar. A unos 60 metros del sepulcro de Abraham está este monumento.

También se ve el *solar* de la casa de *Simón el Fariseo*, es decir, donde estuviera el Salvador convidado por este piadoso varón cuando se presentó María Magdalena, y

arrojándose á los pies sacratísimos del Divino Maestro, los abrazase y sobre ellos llorase amargamente, regándolos con sus amorosas lágrimas, y por último, los ungiere con precioso aroma, y en premio de todo oyese estas dulcísimas palabras: *Se le perdonó mucho, porque amó mucho*; de suerte que sus pecados fueron del todo perdonados. Para perpetuar la memoria de este célebre acontecimiento, edificaron los cristianos una Iglesia en la cual marcaron con una Cruz el lugar donde estuvo sentado Jesucristo. Mas tarde fué convertida por Saladino en escuela mahometana de la cual sólo restos existen; encontrándose en la actualidad tan sólo tres ábsides y el pórtico que posee un alfarero musulmán. Sin embargo, debe visitarse este monumento por los recuerdos que tiene, así como porque allí se ve una huella de pie, según se afirma es de Nuestro Señor Jesucristo. Este solar se encuentra por la puerta de S. Esteban, entrando á la ciudad.

Fáltanos también hacer mención de el lugar llamado de la *Higuera de Judas*, donde afirma la tradición existió el árbol donde se ahorcó este desgraciado discípulo del

Salvador. Nada existe en la actualidad, sólo se ve el sitio que está á la falda del monte que hacia el E. de Jerusalem se encuentra y que domina el Valle de Josafat, entre la tumba de Zacarías y la aldea de Siloé.

Hablemos del *Pozo de Nehemías* que por aquí también se encuentra y cuyo monumento todos tuvimos la felicidad de conocer y visitar. Lleva este nombre por el siguiente hecho histórico que allí tuviera lugar después que el pueblo judío regresó de la cautividad de Babilonia: Cuando el pueblo hebreo se viera precisado á abandonar su patria por el castigo que se les había impuesto de destierro, algunos sacerdotes temerosos de Dios, según lo indicaba Jeremías, escondieron en este pozo el fuego sagrado con que celebraban sus sacrificios. Hasta la salida de Nehemías, que fué después de algunos años, permaneció oculto, mas éste ordenó á los descendientes de aquellos sacerdotes, lo buscaran, quienes no encontraron sino una agua muy crasa, ordenando entonces Nehemías regaran con ella las víctimas y la leña sobre la cual estaban colocadas, y ¡oh prodigio! apenas

dejóse ver el sol, que hasta entonces se encontraba oculto, se produjo una grande hoguera que consumó el sacrificio, causando una suma alegría al pueblo que tan milagrosos acontecimientos presenciara. Llámase este lugar *Nefthar*, es decir, *Purificación* por el profeta Nehemías, é hizo construir por el rey de Persia un templo para perpetuar la memoria del suceso acontecido, y á los sacerdotes dió grandes bienes. Tiene 29 metros de profundidad y unas grandes piedras de que está construido manifiestan su antigüedad. Los árabes lo llaman *Bir-Ayub*, casi nunca tiene agua, según lo vimos, pues parece que sólo cuando hay filtraciones que es en tiempo de aguas las contiene, habiendo una superstición con respecto de esto, entre los indígenas, los que cuando ven que se llena, dicen es indicio de una abundante cosecha y con grandes fiestas, tocando sus tambores y gritos al derredor del *Bir-Ayud*, celebran este feliz presagio.

Con esta visita se acabó el tiempo de que disponíamos, pues era el medio día y por lo tanto, teníamos que tomar ya el camino que á Casa Nova nos condujera, lo cual hi-

cimos luego casi todos los peregrinos que en esta excursión nos encontrábamos, lamentándonos de nuestra muy próxima separación de lugares tan santos y los que tal vez no nos sería dado volver á ver, sino hasta el último día de los tiempos en que en este valle de Josafat compareciésemos.

Cansados un poco llegamos á la casa y derechos al comedor nos encaminamos, que ya Ventura nos esperaba y no había que demorarse más. Por lo tanto, tomamos nuestros asientos que señalados teníamos desde el primer día, luego la sopa y demás alimentos nos fueron presentados. Después nos fuimos á los aposentos á descansar un poco y á rezar lo que del Oficio Divino nos faltaba, para salir otra vez en la tarde á dar una vuelta y conocer lo que nos restaba, que parece ya no teníamos que ver otra cosa. Así fué, pues, preguntamos al hermanito Juan y nos contestó que nada había ya nuevo y que lo conveniente sería volviéramos á visitar los puntos más interesantes para que mejor se grabaran en nuestra imaginación, pues la primera servía sólo para conocerlos. Así, pues, lo hicimos, y toda la tarde recorrimos los sitios más intere-

santes, algunos de los compañeros se dirigieron á los colegios de los RR. PP. Franciscanos, pudiendo apreciar con esto mucho más los trabajos de los hijos del Seráfico de Asis. Otros y entre ellos yo, así como D. Mariano Flores, D. Cenobio y el padre Cárdenas nos subimos á la azotea de Casa Nova y con un anteojo pudimos disfrutar un poco del panorama encantador que presenta la histórica ciudad de Jerusalem.

El lunes once pudimos aún tener el consuelo de celebrar en estos augustos sitios, teatros nada menos donde tuvieron lugar las sangrientas escenas de la Vida, Pasión y Muerte del Redentor de la Humanidad. Yo lo hice en la gruta de la Invención de la Santa Cruz, que aun me faltaba, y los compañeros hacían lo mismo, buscaban los lugares que todavía no les había sido posible ocupar. Nuestros vehementes deseos eran el hacerlo en todos estos venerados lugares. Excusado es decir que después nos reunimos en Casa-Nova, y cada uno tomó el rumbo que le pareció, yendo mi tío y yo á retratarnos, en cuya operación casi empleamos toda la mañana. Nada particular aconteció en la tarde, la que todos emplea-

mos en disponer nuestros equipajes, para la partida que se había anunciado sería el día siguiente. Como á las cuatro repartió el P. Hueso las patentes que el Sr. Obispo le había entregado, y por las cuales se testificaba habíamos estado en Jerusalem y que, tal vez falte á la modestía, pero así lo dijeron los RR. PP., “buenos y magníficos eran los recuerdos que la primera peregrinación mejicana dejaba en estos sitios tan santos”. Después nos llevó una botellita de aceite de los olivos de Getsemaní, una medalla del Santo Sepulcro, un rosario de huesos de las aceitunas que producen los olivos, todos recuerdos que los Padres nos obsequiaban, y que recibíamos con sumo placer y de lo cual estaremos eternamente reconocidos.

Fuimos ya un poco tarde al Santo Sepulcro para imprimir por última vez un ósculo en el lugar mismo donde el cuerpo santísimo del inocente Jesús estuviera sepultado, y despedirnos tal vez para siempre de él, así como del Monte Calvario donde derramamos algunas lágrimas de ternura, y con las cuales mojamos el mismo sitio donde en algún tiempo, en medio de la multitud, pen-

diente estuviera el amado de nuestros corazones en el árbol de la Cruz. ¡Oh señores! no es posible, nó, separarse de aquellos lugares sin derramar algunas lágrimas, y sin que el pobre corazón se parta de dolor y de tristeza. En fin, Dios sabe lo que allí sentimos, y como era tarde nos separamos para ir á Casa Nova á terminar de arreglar nuestras reliquias, que estimábamos más que el oro y piedras preciosas.

A las siete bajamos á cenar, y después dándole á Ventura el *cativo* sus *bacchiz*, así como á los que le ayudaban, nos fuimos á nuestras habitaciones con el fin de descansar, porque el siguiente día había que remontar el vuelo, y hasta muy lejanas regiones.

El martes doce estábamos muy temprano ya en vela, deseando celebrar el Santo Sacrificio, lo cual nos fué muy fácil verificar. Todos, ó casi la mayor parte, nos fuimos al Santo Sepulcro para aprovecharnos de los diversos altares que tienen los Reverendos Padres, como son: el del Santo Sepulcro hasta las siete de la mañana, el de la Crucifixión y Stabat Mater, en el Monte Calvario, y abajo el del Santísimo Sacra-

mento, el de la Santa Columna y el de las Reliquias. Después el de la Aparición del Señor á Santa María Magdalena, luego el de Santa Elena, y por último el de la Invencción de la Santa Cruz, teniendo casi todos el privilegio del Romano Pontífice de que las misas que en ellos se celebren sean votivas del suceso religioso que hubiese tenido lugar; como por ejemplo, de la admirable Resurrección, en el Santo Sepulcro; de la Pasión, en el de la Crucifixión; de la Santísima Virgen de los Dolores en el Stabat Mater; de la Santísima Virgen en el Altar del Santísimo Sacramento, así como de Santa María Magdalena y de la Santa Cruz en sus altares; y esto todos los días, exceptuando tan sólo los dobles de primera clase.

Pues bien, tuve la dicha de celebrar, por última vez, en el altar de la Crucifixión, en el Monte Calvario.

A las cinco y media todos habíamos terminado. A las seis tomábamos un poco de café en Casa Nova, y el Ilmo. Sr. Obispo entregaba al Padre guardián de esta casa 2,700 francos, limosna que los peregrinos mejicanos dedicaban para los gastos indispensables de estos ángeles que se emplean

sin tregua ni descanso en sacrificar su vida por los intereses de Dios y por la salud de sus hermanos. Sólo pisando estos sitios y mirando tan de cerca lo que trabajau estos mártires es como sabe apreciarse sus sacrificios, y satisfacción se tiene por las limosnas que con tanto empeño mandan reunir nuestros venerables Prelados, sobre todo el virtuoso y santo Arzobispo de Méjico, Dr. D. Próspero María Alarcón, quien, año por año, expide circulares, ordenando se reúnan limosnas para Tierra Santa. Dignos y muy dignos son estos celosos frailes de nuestra confianza y de nuestra caridad. Procuremos, peregrinos católicos mejicanos, no desmentir la fama que por doquiera, gracias á Dios, nos honra; procuremos acordarnos de las necesidades que tienen estos seres que viven sólo de la caridad, y con frecuencia mandémosle nuestro óbolo.

Para inteligencia de los lectores les advertimos que en *Casa Nova* se reciben, como queda dicho, á los devotos peregrinos que deseen participar de la hospitalidad franciscana. Concédese ésta en toda la Tierra Santa, por unos 24 días, á saber: 15

en Jerusalem, 3 en S. Juan, 3 en Belén, y otros 3 en Nazaret.

El religioso encargado del agasajo de los viajeros, les presentará un *Reglamento* acerca del modo de portarse en Casa Nova, haciéndoles también las advertencias necesarias, en cuanto á las funciones religiosas que se celebran ya en el SS. Sepulcro, ya en la Iglesia Parroquial del SS. Salvador, ó ya en otro cualquier santuario.

Acto continuo, nos fuimos á pie hasta la puerta de Jaffa, donde tomamos los coches para la estación, habiendo dado con anticipación un adiós, y tal vez para siempre, á la Casa Nova, á Ventura, al R. P. Guardián, y á Jerusalem, no sin haber derramado algunas lágrimas, y llevado nuestro corazón oprimido por la tristeza y poseído de profundo pesar.

Nos acompañaba aún el P. Diego, nuestro confesor que había sido durante estos días; el hermanito Juan, y el Dragomán Lorenzo Rafael, así como el agente de Cook que sacaba los boletos y nos colocaba en los asientos que nos tenía dispuestos, pues eran muchos los peregrinos que se retiraban y fué necesario pusieran otro vagón.

Pues bien; daba el reloj las siete y media y el conductor hacía la señal de partida, el silbido de la locomotora anunciaba y el maquinista hacía movimientos, teniendo apenas tiempo de dar un abrazo al R. P. Diego y á Rafael Lorenzo ó Lorenzo Rafael, pues el hermanito Juan nos acompañaba hasta Jaffa.

